

## La máscara del diablo (tercera parte)

■ ■ Hermilo Cisneros Estrada\*

Se dirigieron de inmediato a San Lorenzo. Valentín, buscando ganarle tiempo a la enfermedad del niño, conducía por tramos de caminos que ya estaban quedando en desuso desde que comenzaron a construir la carretera que pasa por el centro de la ciudad. Por cierto, como el río la atraviesa prácticamente por en medio, están construyendo un gran puente en el corazón de ésta. Cientos de trabajadores se ocupan diariamente de la gran obra. –Horita -dijo Valentín- la ciudad es un desbarajuste. Las calles han cambiado la circulación y unas han sido cerradas temporalmente; pero bueno, ya se verá cuando estemos dentro de esa complicada circulación. Después, ya no dijo más, sólo mantenía la vista fija en el viejo camino lleno de charcos y baches naturales.

Entretanto, Amelia veía con angustia a Rufino mientras le tocaba la frente al niño. Su esposo, igual que el compadre, también iba en completo silencio, con la mirada fija en los trayectos que devoraba la camioneta frente a sí. Aunque ya muchas veces había andado por este sendero, nunca le pareció tan largo como ahora. Nunca se le había hecho tan interminable como ese día, a pesar de que hoy lo recorría en camioneta y antes lo había hecho a pie o a caballo.

–Ya estamos cerca, no se preocupen, nomás falta que no se dificulte la circulación adentro de la ciudad para llegar hasta donde vive y consulta el doctor. -Decía Valentín sin poder ocultar también él cierta preocupación.

–Ta' bien compadre, usté' no se mortifique, al cabo ya estamos llegando -expresó Amelia-. ¡Mire, ya se ven las torres de la iglesia! Y allí está también el mercado de arriba, el de las frutas y verduras que traen a vender la gente de los alrededores.

– Sí, pero como está el día, de seguro que hoy no ha de haber ni un alma que venda una calabaza. Bueno, tampoco ha de haber quien la compre, -decía Valentín.

–Ya está muy cerquita la subida a la carretera, compadre, dicen que ésta es la Panamericana, que cruza todo México y que también otros países del Sur y que llega hasta los Estados Unidos; que por eso pasan tantos carros, autobuses y camiones que, fuera de esta carretera, no se ven por estos lugares. Ya voy a bajar la velocidad y a dejar el camino. Hora sí me voy a ir un poco más despacio porque ya va a haber más carros y camiones por aquí, y con lo mojado' que está todo esto, no deja de ser peligroso, -concluyó Valentín.

Nadie dijo ya nada, pero estando en la entrada a San Lorenzo, por la avenida donde se estaba construyendo el puente, había un gran letrero de esos que les llaman panorámicos.

Valentín lo leyó en voz alta, decía:

“Disculpe las molestias, todo sea por el progreso.  
La revolución sigue adelante.  
Esta obra es por el engrandecimiento de México”.

–¿Cómo ve compadre? Nuestro país está en el progreso.

Rufino ya no contestó, sólo se quedó viendo al gran panorámico mientras pasaban frente a él.

–¡Ah, mire, ya estamos llegando! -dijo el compadre-. El regocijo de Amelia se pudo ver en su rostro mientras con ternura arrullaba al niño en su regazo.

Apenas habían entrado a las calles empedradas de la ciudad cuando a tres cuadras encontraron el primer obstáculo. La calle principal, la que se llama Independencia, tenía una desviación. Aunque por suerte, hay muy poco tráfico circulando a pesar de ser

\*Licenciado en Historia por la FFyL de la UANL y en Educación Media Superior por la ENSE. Maestro jubilado de la Preparatoria No. 3. Gran promotor cultural y primer editor responsable de la revista Reforma Siglo XXI. Cultiva además la pintura, la poesía y la composición de letras para canciones vernáculas.

domingo; esto podría tener una explicación. El frío que hacía ataba a la gente con las cobijas a la cama.

–En la mañana que pasé por aquí, no había esta desviación, y en este momento que traímos priesa, nos atorán. ¡Qué suerte! - dijo Valentín.

–¡Ah, mire! Con tanto frío y ahí andan trabajando esos pobres hombres diatiro' a la intemperie, mire como train varillas y cargan tablas.

–Es por los trabajos del puente, -comentó Rufino.

Conforme fueron avanzando, la circulación se hizo más compleja, por lo que la camioneta tuvo que seguir dando vueltas entre unas y otras calles de acuerdo con las distintas indicaciones que había en el trayecto, hasta que por fin llegaron a la calle donde estaba el consultorio del doctor.

Valentín bajó rápidamente, dio la vuelta al vehículo para abrir la puerta del lado donde venía Amelia cargando a Tomasito; mientras que Rufino trataba de despertar a la niña quien dormía profundamente envuelta en su cobija en medio de sus padres.

Para cuando todos bajaron de la camioneta, Valentín, parándose frente a los compadres les dice:

–¡Andamos de suerte! Bueno, dentro de lo malo de la enfermedad de mi ahijao', es que aquí está el doctor. Y horita nomás tiene a dos personas por atender.

–¡Ay, gracias a Dios! –dijo Amelia sin poder evitar un sollozo, con una mueca de angustia en su rostro difícil de contener; unas lágrimas brotaron de sus ojos y el llanto no se hizo esperar.

–¡Tranquila, comadre, tranquila! -decía Valentín mientras acompañaba a los compadres hacia la puerta del consultorio.

–Ya estamos aquí y verá como todo va a salir bien, después, hasta bromas vamos a poder hacer, ya lo verán. Aunque les diré que, broma jugada, es broma pagada; y todo en santa paz. ¡Recuerde compadre! Broma jugada, broma pagada.

Cuando entraron, dentro del consultorio

estaban dos hombres esperando turno, era Arcadio Ramírez y su padre, don Bernabé. Este último de aproximadamente setenta años, quien traía una tos muy fuerte y por lo mismo de su quebrantada salud, sus ojos estaban irritados y llorosos.

Arcadio resultó ser conocido de Rufino, por eso al encontrarse se saludaron efusivamente. Ellos vivieron en el mismo poblado de El Carrizal, asistieron por tres años a la misma escuela, la “Manuel Altamirano”, donde en su tiempo, jugaron y compartieron algunas tareas con los niños de la misma edad.

–¿Quiubo Rufino, pos' dónde te has metido, tanto tiempo que no te había visto? ¿Y qué andan haciendo por aquí? ¿Acaso no les cala este frío tan feo que está haciendo? Como pa' que anden en la calle y en domingo, cuando todo San Lorenzo está sin un alma en sus calles, bueno, a menos de los trabajadores del puente, que jalan como hormiguitas, con frío o calor trabajan siempre sin parar.

–Pos' yo traigo a mi retoño porque ay nomás de repente se nos enfermó de fiebre y queremos ver qué nos dice el doctor, porque la verdad, sí que mi mujer y yo nos preocupamos rete hartó.

–¡Ah pos', esto preocupa a cualquiera! Mira, yo vengo con mi papá, porque tiene una tos que no lo deja dormir ni descansar de ninguna manera. Yo creo que son los fríos porque no puede dejar de temblar y toser ni un momento-.

–Bueno, Arcadio, ¿y por qué no han pasao'? ¿Está consultando a alguien horita? Porque dijo mi compadre... Ah, mira Arcadio. Él es mi compadre, es el padrino de Tomasito. Así se llama mi niño. Pero bueno, mi compadre me dijo cuando llegamos que el doctor tenía dos pacientes por consultar y que luego seguíamos nosotros.

–Sí, sí tiene gente, pero ya no se dilatan en salir porque ya tienen buen rato allí adentro.

–¿Oye Arcadio, y qué ha sido de tu vida? porque nomás ahí te fuiste y ya no volví a saber nada de ti.

–Pos me fui a vivir a México, a la capital, porque me escribió mi tío Federico; de eso ya hace más de cinco años, él entró a trabajar a una fábrica

muy grande onde' hacen muebles, y como estaban ocupando mucha gente, pos' me fui pa' allá. Ya tengo esos años trabajando ahí mismo donde está él. De primero, estuve viviendo en su casa, pero ya después renté unos cuartitos y pos' me está yendo muy bien. Si algún día te quieres ir a trabajar allá, yo te recomiendo con los que se encargan de contratar, y si no es en esa fábrica, pos' igual en otra o en un taller de lo que sea, porque hay talleres de carros, de soldadura, de muchas cosas, horita' hay trabajo en muchas partes. De seguro que no batallas para encontrar uno, porque como te digo, últimamente se están abriendo muchas fábricas y talleres, donde quiera te han de ocupar, porque por donde quiera hay anuncios solicitando trabajadores.

–Pos sí, pero, yo no sé nada de trabajar en eso de fábricas o talleres; ya estoy hecho pa' trabajar en el campo, sembrar la tierra, acariciarla con mis manos y las plantas de los pies. Trabajar al aire libre, disfrutar del rocío y el sol de la mañana, y ver retozar a los animales en el campo. No me imagino estar encerrao' todo el día, otro día, otro más y así siempre. ¡No, no aguantaría!

–Ta' bien. Pero mira, horita ando aquí porque vine a ver a mis papás y a mis hermanos; ellos se vinieron a vivir a San Lorenzo desde hace dos años y medio. Viven en la calle Guerrero, una cuadra más abajo de la tienda del viejo Eliseo Jiménez. La casa de mis papás es de color azul, con dos árboles grandotes, creo que son los más grandes de San Lorenzo, como pinos, creo que son pinos, están a un lado de la casa, en la entrada al corral.

–Aquí voy a estar hasta el ocho de enero, si puedes venir, me gustaría que lo hicieras cualquier día. Pero como te digo, después del día ocho de enero me regreso a México.

–Y de lo que dices que no sabrías trabajar en una fábrica, yo te entiendo porque a mí me pasaba igual. Puede que tengas razón; pero mira, los días que llueve o hace frío, no dejas de trabajar, y por si te enfermas o te accidentas como quiera te pagan; igual que si se enferma tu mujer o tus hijos, está el Seguro Social, y no tienes que pagar por la consulta ni por las medicinas; como es el caso de hoy que se enfermó el niño. Allá el Seguro Social te lo atendería sin dilación. Además...

–Que pase el que sigue...

La conversación fue interrumpida cuando una mujer con una niña de unos diez años salió del consultorio. La señora traía en sus manos una bolsita que parecían ser medicinas. Ella saludo con voz apenas audible:

–Buenas tardes– dijo, cubriéndose muy bien y haciendo lo mismo con la niña, salió del lugar.

–¡Rufino...! ya terminó nuestra consulta. Dice el doctor que ya pueden pasar. Recuerda mi invitación a que vengas a la casa de mis papás, y menos olvides que si te quieres ir a trabajar a la capital, yo haré todo para que te den trabajo, acuérdate que te dije que allá sobra donde puedas trabajar.

–Tá' bueno, si un día se me da el arranque vas a tener noticias más-. Se dieron la mano, un abrazo y se despidieron. Don Bernabé también le dio la mano y le ratificó la invitación que había hecho su hijo.

–Te esperamos muchacho. En la tarde, un cafecito caliente y un panecito de la tienda del viejo Eliseo nos dan siempre la vida.

La tos volvió al padre de Arcadio. Se cubrieron boca y nariz con sus respectivas bufandas y luego con señas se despidieron de Rufino.

Para entonces, Amelia ya había entrado al consultorio. Rufino la siguió y saludó de mano al doctor.

Afuera, en la sala de espera, Valentín permanecía recargado en su silla con sus pies entrecruzados y estirados sobre el piso.

–¿Cómo le va doctor? - preguntó Rufino, ya dentro del consultorio-, porque a nosotros no nos ha ido nada bien últimamente.

El doctor, hombre con más de cincuenta años, de gruesos anteojos y con más de la mitad de su cabellera perdida por el tiempo, pidió que se tranquilizaran, mostrando una gran seguridad que sin dificultad alguna transmitía a los angustiados padres. Preguntó el motivo por el que estaban ahí. Le dieron los pormenores del problema, los días de fiebre del pequeño y todo lo que el médico quiso saber.

–Vamos a ver, pon al niño sobre esa cama y destápalo.

Amelia siguió las instrucciones del doctor, quien de inmediato procedió a examinarlo; le checó la temperatura, le puso el estetoscopio, revisó la garganta, la nariz y los oídos, y lo mismo hizo con el estomaguito.

Amelia sentía que el tiempo que pasaba sin escuchar la versión del médico, era eterno.

–Vamos, tranquilícense, es sólo una infección, no es grave, pero qué bueno que lo trajeron a tiempo, porque si no, las consecuencias hubieran sido muy serias. Por lo pronto le voy a poner una inyección, después le van a dar las cucharadas que le indico en la receta, ¡y no lo tengas muy tapado, mujer, la fiebre no se le quita con tanta ropa que le pones! Menos cobijas, y de ser posible ponlo en un baño con agua tibia, más fría que tibia. ¡Hazme caso mujer, poca ropa en ese niño!

–¿Y cuánto va a ser doctor? - preguntó Rufino.

–Ustedes no se preocupen, ya me arreglé con el señor que acaba de salir.

–¡Ah! y cuando tengan problemas de salud como esta vez, no se detengan. No pongan en peligro la vida de ustedes ni de nadie, y menos la de los niños por falta de dinero.

Se despidieron dándole de mil maneras las gracias al doctor, el médico aceptó y también agradeció el gesto de Amelia y Rufino.

Cuando salieron del consultorio, en la sala de espera ya había tres personas necesitadas de la atención médica. Mientras que Valentín estaba de pie mirando el paisaje que contemplara Rufino momentos antes de entrar a la consulta, entre sus manos tenía una bolsa de papel que no se le había visto antes. Cuando vio salir a los padres de su ahijado se apresuró a preguntar sobre el diagnóstico del doctor.

–Parece que todo está bien compadre. El doctor le puso una inyección y pidió que le diéramos unas cucharadas, -expresó Amelia con un semblante que denotaba ya más tranquilidad.

–¡Pos' miren! aquí traigo unas tortas pa' comer algo mientras llegamos a la casa, que es la de ustedes también. Me gustaría que hoy se quedaran con nosotros, pa' que Lupita y mi tía saluden a la comadre y vean también a los niños. Y sirve que le platico pa' que usted' se haga de un buen negocio, nomás es que se anime y ya está. Si es así, esto tendría que ser el próximo sábado.

Salieron del consultorio y se acomodaron en la camioneta, cada uno abrió su torta y comenzaron a comer mientras que Valentín le dio dos pisotones al acelerador, luego dio vuelta a la llave, pero la camioneta no quiso encender.

–¡Vamos chatita no me falles horita! ¡No me falles! -Volvió a pedalear el acelerador, otra vuelta a la llave y por fin encendió.

–¡No, que no, chatita! ya sabía que no me ibas a fallar.

Valentín comenzó a conducir por el laberinto formado con las desviaciones en las céntricas calles de San Lorenzo, mientras tanto, el matrimonio ya con menos desesperación y con el problema venido a menos, mitigaba el hambre con las tortas.

Valentín sin preguntar si aceptaban irse a quedar a su casa por esa noche, simplemente lo dio por hecho y ya fuera de la carretera, se dirigió por el camino rumbo a su casa.

–¿Ya más tranquilos? -preguntó Valentín.

–Sí compadre, muchas gracias, -contestó Amelia.

–¡Ah, de nada, acuérdense que yo soy el padrino! ¿Y pa' qué semos los padrinos, pos' pa' ayudar a crecer a los ahijaos' y, pos' ahí ta', como Tomasito es mi ahijao, es obligación que me eché el día que lo bautizamos, por eso, yo nomás cumplo? ¿Qué hago bromas?, bueno pos' sí hago bromas, pero recuerden lo que digo, que pa' mí, broma jugada, broma pagada.

Siguieron avanzando y por un rato reinó el silencio. Amelia dormitaba mientras Rufino con la niña en su regazo mantenía la vista en el gris y lluvioso camino de esa tarde de invierno. Fue éste quien interrumpió el silencio, diciendo:

—Compadre, me decía hace un rato que puedo hacer un buen negocio, pero que este debe ser el sábado. ¿De qué se trata ese negocio que yo puedo hacer?

—Compadre, pos' ¿a qué cree que me vine a San Lorenzo desde ayer sábado?

—No, pos', no tengo la menor idea. No me imagino.

—Mire, maté cinco reses, les quité el cuero, los partí en partes chiquitas y correas delgadas y los vine a vender entre los trabajadores que están haciendo el puente aquí en San Lorenzo. La carne se la vendí barata al "Chueco" Lalo, el de la carnicería que está a la salida que va a Loreto. Usted sabe onde' está esa carnicería, la que pone la banderola colorada pa' anunciar que tiene carne de animales recién matados.

—Sí compadre, sí sé cuál es.

—Bueno, yo le vendí la carne a Lalo y después me fui a la esquina de Independencia y Corregidora. Allí se ponen varios hombres a vender herramientas, ropa y varias cosas. Yo vendí cueros y correas, muchos cueros y muchas correas. ¡Me faltó mercancía, compadre!, la gente hacía fila pa' comprarme lo que llevaba. ¡Buen dinero que me gané ayer, compadre, muy buen dinero!

—Nomás que, si usted quiere animarse a matar sus vacas pa' venderlas en cueros y correas, necesita matarlas desde mañana pa' que pueda preparar todo pa'l sábado. Yo no batallé porque los muchachos se encargaron de matar las reses, pelar los cueros y sacar las correas... bueno, de todo; yo lo único que hice fue ir a vender, aquí gana uno lo que quiere.

—Si le parece bien, hasta le puedo prestar a uno o dos muchachos pa' que le ayuden.

—Pero... ¿usted cree que jale el negocio?

Valentín un tanto gustoso, muy para sí, no dijo ya nada, por un rato sólo se concretó a mirar de reojo a Rufino quien se había quedado muy pensativo. Mientras que Amelia que cargaba a su hijo ya dormía profundamente reclinada en el asiento.

—Esto tengo que platicarlo más despacio con

mi mujer, ya usted' sabe que pa' tomar decisiones tan importantes, yo siempre consulto todo con ella, -dijo Rufino mientras algo inseguro se rascaba la cabeza.

—¡Claro compadre! Considero que es lo correcto y, sobre todo, en este caso que va de por medio su patrimonio. ¿Cuántas vacas tiene? Porque la última vez que hablamos de esto, hace como cuatro meses me dijo que había comprado dos, ¿verdad?

—Sí, había comprado dos, pero una de ellas parió y el becerro ya está más o menos grande. Puedo considerar que son tres y pos...', si veo que es negocio, mato las vacas y también al becerro, que al cabo y quien quite y los repongo bien pronto, o ¿cómo ve usted' compadre?

—Pos' hay piénselo, de ser posible ora mismo, pa' si decide que sí, desde mañana que le ayuden Julián y Margarito, pa' que se haga todo con tiempo. Y el sábado muy temprano paso en la camioneta y lo voy a dejar a onde' se pone la venta; ya después usted' verá cómo se regresa. Hasta se puede quedar hastotro día, como yo; ya ve que me quedé hasta ora. ¿Qué pa' qué me quedé? Pos pa' echarme unos traguitos y quitarme el frío, además, con el buen dinerito que me llegó por la venta ni dolor me dio pagar la parranda. Me fue muy bien, me gané mucho más de lo que valen las reses en pie; por eso pude pasar buen rato con los amigos que tengo aquí en San Lorenzo. Pasar un buen rato con los amigos que viven aquí es muy bueno después del trabajo de toda la semana, ¿o no cree usted' compadre?

Rufino ya no contestó, se quedó sumido en sus pensamientos con la vista perdida en el paisaje lluvioso y lleno de niebla de la tarde. Entretanto, por un rato, eso; mientras que Valentín apenas ocultaba el placer de convencer al compadre de que comenzara el comercio de los cueros de res. Disfrutaba la idea de ir a llevarle la mercancía de cueros y correas a la esquina de Independencia y Corregidora. Ya se imaginaba ver a los trabajadores del puente ante la mercancía recién desempacada. También podía imaginar al compadre el sábado después que los trabajadores salieran de su turno.

—¡Pos' le voy a entrar compadre! Voy a seguir su consejo y desde mañana comienzo a trabajar en todo lo que me propone. Yo creo que Amelia no se va a oponer. Hora mismo hablo con ella, y si de primero no quiere, ya veré como la convenzo. ¡Ya lo decidí!

– ¡Ya estamos llegando compadre! Ya se ve la casa desde aquí. Pero mire, el día sigue igual que en la mañana, con el frío y el agua que no se quitan ni un ratito, -dijo Valentín mientras metía más el acelerador.

Con el movimiento acelerado de la camioneta se despertó Amelia, algo apenada, apenas pudo disculparse.

–¡Ay...! perdón, me quedé dormida.

–¡No se preocupe comadre, pos si anda toda cansada y desvelada! ¿Cómo no se va a quedar dormida? Si bien que necesita un buen descanso. Pero ya verá cuando estemos en la casa, luego luego le digo a la Lupita que los acomode pa' que descansen. Pero primero hay que cenar, aunque horita no es hora de cenar y la de comer pos ya se pasó; desde luego que por lo menos un cafecito no se nos escapa y, con unas tortillitas de harina con crema de la que hacemos aquí en el rancho, pos menos.

En eso se despertó el niño, estiró sus bracitos diciendo:

–Deme agua mamá, tengo mucha sed. -Ella no le contestó, le tocó la frente y con satisfacción exclamó:

–¡Ya no tiene calentura, ya se está aliviando! Porque no está calentito como en la mañana... De seguro que la inyección que le puso el doctor ya le está haciendo efecto.

La expresión de Amelia fue interrumpida por Valentín, quien dijo:

–Ya vamos llegando, los árboles de la casa se ven desde aquí, así que nuestra aventura está por terminar. La hora del descanso ya está muy cerca.

Apenas iban entrando al patio cuando Valentín sonó el claxon como lo había hecho en la mañana cuando regresó del paseo nocturno en San Lorenzo. El chofer bajó de la camioneta arreglándose el sombrero y ajustándose el abrigo que se le había desacomodado mientras manejaba. Se dirigió a la puerta del otro lado de la camioneta, tomó al niño entre sus brazos para que la comadre bajara sin problema y con Tomasito cargado se dirigió hacia la casa, mientras Amelia ayudaba a Rufino con la niña.

Con la puerta entreabierta ya los esperaba Lupita, quien mostrando la alegría de ver a los recién llegados procedió a invitarlos a pasar.

–¡Qué bueno que se vinieron para acá! Pero ¡pásenle!, ¡pásenle!

Adentro, frente a la chimenea, se encontraba Marianita; en sus manos tenía la jarra con la que sirvió el café por la mañana, pero apenas entraron los visitantes puso el recipiente cerca de la lumbre y de inmediato fue a su encuentro.

–¡Amelia! ¡Qué gusto me da que estén por aquí, qué bueno que se vinieron para acá! ¡Pero siéntense, siéntense! Miren: pásenle por aquí, para que estén cerca del calorcito, ¡Ándenle! Siéntense para que se tomen un cafecito caliente mientras preparamos la cena, igual, si alguien prefiere un té o nomás leche caliente, servimos lo que quieran.

–Pero acuesten primero a los niños para que puedan descansar. Si quieren, los llevamos a esta recámara que está más cerquita por si se ofrece algo -dijo Lupita mientras cargaba al niño que traía Valentín entre sus brazos.

Ya que dejaron durmiendo a los niños, las mujeres regresaron a la mesa y se sirvieron café en sus respectivos jarros. Ya todos tranquilos y al calor del café, dijo Lupita:

–Oiga compadre, ¿y dónde nació usted? De su papá no nos ha platicado nunca nada, a qué se dedicaba o qué es de él si es que todavía vive. En fin, compadre, disculpe, no sé por qué le hice esta pregunta. Usted disculpe y es que, como de su mamá sí sabemos y también de sus hermanas, pero de su papá, nada... -dijo Lupita.

–Lupita, no preguntes eso, a la mejor el compadre no quiere hablar nada de eso y tú con tus preguntas, -dijo Valentín.

–No, no me incomoda nada. Mire, yo nací en el Real de Minas, él era de allá, igual que mi mamá. Desde muy joven estuvo trabajando en una mina de la que sacaban plata, pero pasado un buen tiempo de estar trabajando en ese lugar, hubo un accidente en el que varios trabajadores quedaron sepultados y entre ellos estaba mi papá. Apenas lo recuerdo, pero lo que no olvido es la soledad y la miseria por la que

pasamos mis dos hermanas, mi madre y yo después de la tragedia. Ella me platicaba sobre el accidente, en el que murieron ocho hombres más a causa del derrumbe provocado por las aguas subterráneas que inundaron el tiro de la mina. Apenas el día anterior a tan lamentable suceso, se había descubierto una veta muy rica en plata y el patrón, de quien se dijo era extranjero, al parecer de origen alemán, urgió a que se intensificaran los trabajos, los mineros le hicieron ver al capataz los altos riesgos que se corrían por la humedad y el agua que subía cada vez mas de nivel; pero ante la demanda de los trabajadores, el mayordomo amenazaba con despedirlos. El peligro era mucho, pero la necesidad de trabajar superaba al miedo; por no desistir al riesgo sobrevino la desgracia. En principio, hubo cinco muertos y once heridos. Mi papá estaba entre los lesionados graves, unas horas más tarde murió uno de los sobrevivientes y al día siguiente antes del mediodía, mi padre dejó este mundo para siempre. Otros dos hombres murieron tres días después.

—¿Y se acuerda usted de algunas cosas o sólo plática lo que su mamá le contaba? —preguntó Valentín un poco conmovido.

Rufino quedó callado por unos instantes como tratando de sacar con la mayor claridad posible algunos recuerdos ya muy escondidos por el paso de los años.

—Tengo en mi memoria algunas imágenes de mi padre cuando lo sacaban de la mina en una improvisada camilla cargada por cuatro de sus compañeros. De primero, no lo reconocí, se parecía a los otros heridos, todos llenos de polvo y la sangre que se veía en sus trapos sólo eran manchas negras que con la tierra hacían ver la tela muy endurecida como si fuera un pedazo de lona. Mi padre se quejaba de un fuerte dolor en el pecho y en sus costillas y tosía frecuentemente. Después de verlo en la salida de la mina y recibir una caricia en mi rostro con aquella inflamada mano encallecida y llena de tierra con sangre, ya no lo volví a ver con vida. Ya no supe que sucedió después, ni cuánto tiempo transcurrió de cuando recibí la caricia en la puerta de la mina, a la presencia de mujeres vestidas de negro que lloraban, rezaban y se cubrían la cabeza con rebozos del mismo color, negros como eran también sus vestiduras.

Prosiguió Rufino con los detalles del accidente: —Los hombres no lloraban, nomás platicaban con voces que no se les oían muy bien, unos fumaban cigarros hechos con tabaco que ellos traían en pequeñas bolsas y lo envolvían en finas y muy delgadas hojas de maíz. También bebían mezcal de una botella; parecía, o quizás lo era, un ritual, porque todos tomaban a pico de botella. Sentados en cuclillas formando un círculo, tomaba uno y la pasaba, tomaba otro y hacía lo mismo. La botella circulaba siempre en sentido contrario a las manecillas del reloj.

—Allí estaba la gente, -prosiguió Rufino. Nuestra casa era de adobe como todas las que había por allá en todos los alrededores. Pero la nuestra, estaba recién pintada, mi papá apenas hacía unos cuantos días que la había pintado con cal. Teníamos sólo un cuarto y una pequeña cocina, siempre con grandes pilas de leña que con frecuencia traía mi papá, sobre todo, en tiempos de frío como el que está haciendo hoy aquí. La casa no era muy grande, pero el patio sí estaba de buen tamaño. En él corrían y jugueteaban las gallinas y se revolcaba el viejo perro que casi siempre estaba dormido bajo el mezquite grande, que ya casi ni sombra daba. Allí junto al tronco del grueso mezquite, se juntaron tres de los compañeros que más tiempo pasaban con mi papá. Se les veía muy tristes. Más tristes que todos los demás, permanecieron allí, callados por no sé cuánto tiempo.

Con una emoción que no podía ocultar, Rufino siguió contando hasta los más mínimos detalles que rodearon el deceso de su padre:

—Dentro del cuarto, al centro, sobre una mesa de tosca madera que le prestó una señora a mi mamá, había un gran cajón de madera y en él estaba mi padre, ya inmóvil y con semblante muy sereno. Dijeron que pa' comprar el cajón, se cooperaron entre todos los compañeros de la mina. En cada esquina del cajón había unas velas muy grandes, creo que les dicen cirios, parecía que nunca se acabarían. Por cierto, no sé si se acabaron, no sé cuál fue el destino final de esas grandes velas.

(Continuará)